

Miguel Jara

Vacunas, las justas

¿Son todas necesarias, efectivas y seguras?



Índice

Portada

Dedicatoria

Introducción

Modo de empleo

PARTE I. LA CRÍTICA NECESARIA

1. Las vacunas, un descubrimiento acertado con un planteamiento insano
2. La industria «antivacunas» y el descrédito de las vacunas
3. La muerte de Andrea, de Luca, de Álvaro...
4. La interesada desinformación de la población
5. Aspectos legales, o lo que hay que conocer antes, durante y después de vacunar
6. A favor de las vacunas necesarias, efectivas y seguras

PARTE II. MARKETING DEL MIEDO, LOBBY Y FALSAS EPIDEMIAS

7. Lo que no cuentan sobre la vacuna del papiloma humano
8. La gripe A: el mayor pelotazo sanitario de la historia
9. El ébola: el día que de verdad venga el lobo de la pandemia...

Bibliografía

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*Un escalofrío me recorre el cuerpo; mi padre ya no está.
Murió apenas un mes antes de que entregara este libro.
Aún en los últimos días, me eximía de ir a verle si tenía que
trabajar. El trabajo siempre fue fundamental para él:
«Honradez y trabajo», me dijo como último lema la tarde que
con impresionante entereza se despidió de mí para siempre.*

*Cuesta escribir estas líneas, papá. La fuerza de tu dignidad
y el eco de tu responsabilidad me han empujado
para completar esta obra.*

Yo también creo que «ha estado bien».

INTRODUCCIÓN

Las vacunas son medicamentos para personas sanas que se utilizan para prevenir enfermedades. Hasta hace unos lustros, gozaban del prestigio propio de los tratamientos que han evitado sufrimiento y muerte a la humanidad, pero algo ha cambiado. Las vacunas son cada vez más cuestionadas. ¿Qué está sucediendo con ellas?

Las vacunaciones también se rigen por criterios «de mercado» y la salud de las personas no computa en la cuenta de resultados. La población desconfía de una industria, la farmacéutica, que ha hecho méritos para conseguir tal descrédito. En plena crisis económica mundial, las vacunas son un nicho de mercado seguro para los grandes laboratorios. Si bien hasta hace no mucho eran relativamente baratas, la industria está consiguiendo altos precios para sus nuevas inmunizaciones y casi todos los Gobiernos del mundo disponen de calendarios de vacunaciones (unos de obligado cumplimiento y otros, como el español, voluntarios, aunque aceptados por la mayor parte de la población).

La percepción mítica que tenemos de las inmunizaciones, en parte por la desinformación que las acompaña, ha ayudado a que sus fabricantes, que cotizan en bolsa, se hayan lanzado en los últimos años a una carrera de «vacunas para todo». Hoy hay más de doscientas vacunas experimentales en los centros de investigación, muchas de las cuales llegarán a las farmacias en los próximos años.

Los calendarios de vacunación no han parado de crecer. En número de vacunas y en número de dosis, e incluso las presiones están forzando a que ciertas inmunizaciones se adelanten. Cuantas más vacunas pongamos a nuestros hijos y antes lo hagamos, parece que actuamos mejor. Todo esto despierta la desconfianza de una población que, en parte gracias a internet y las redes sociales, está más y mejor informada.

Las sucesivas campañas de marketing que incentivan el miedo a las gripes —a la aviar en 2005 y a la gripe A en 2009—, de las que son responsables los laboratorios, la Organización Mundial de la Salud (OMS), la prensa y los Gobiernos, han sido decisivas para que la ciudadanía esté haciendo una sana crítica de las vacunas. A ello se suman los numerosos casos de daños de la vacuna del papiloma, un pelotazo económico con la excusa de la salud que todo apunta a que será el próximo mayor escándalo médico de la historia.

Existe un debate abierto y con este libro pretendo arrojar algo de luz sobre un asunto complejo que interesa a cualquier persona que hoy sea padre o madre y se enfrente a la posibilidad de ofrecer a su bebé varias decenas de pinchazos de vacuna en los primeros años de vida. ¿Son todas necesarias? ¿Y efectivas? ¿Y seguras? Se puede afirmar —nunca mejor escrito— que hay de todo, como en botica.

¿Nos están ocultando información los laboratorios y las Administraciones Públicas para no interrumpir el «negocio saludable» que en parte son las vacunaciones? Yo pienso que sí y tengo la oportunidad de demostrarlo.

MODO DE EMPLEO

Este libro trata sobre vacunas, que son medicamentos.

Lea sus instrucciones y en caso de duda consulte con varios profesionales que posean espíritu crítico y, a ser posible, que no tengan conflictos de intereses.

Recuerde que la mayoría de los fabricantes de vacunas tienen como fin principal la rentabilidad económica.

Los medicamentos están elaborados con sustancias que no son inocuas y que debemos utilizar en casos de verdadera necesidad. Por nuestra salud, es necesario racionalizar al máximo su uso. Los fármacos y los productos sanitarios como las vacunas no son meros objetos de consumo. Contraste su diagnóstico y los tratamientos con otras fuentes.

Este libro es fruto de años de trabajo periodístico, no científico. Su objetivo es sacar a la luz informaciones ocultas o que pasan desapercibidas para la mayor parte de la ciudadanía y que afectan de manera decisiva a su calidad de vida. Ni tengo ni quiero la calificación de experto, por lo que corresponde al lector actuar en consecuencia con los datos y las afirmaciones que aquí presento.

Deseo declarar mis posibles conflictos de interés: soy socio fundador del Bufete Almodóvar & Jara, un despacho profesional que tiene como objetivo asistir legalmente a personas dañadas por medicamentos y difundir esta problemática en los ámbitos de la comunicación, la prensa y las relaciones públicas.

PARTE I

LA CRÍTICA NECESARIA

Hay una crítica sana a las vacunas, aquella que pretende que lo que fue un gran descubrimiento continúe ofreciendo réditos a la salud pública. Si las vacunaciones tienen enemigos, seguro que los peores son quienes las utilizan como negocio o anteponen la ganancia a los criterios de salud de las personas, pues en una sociedad mercantilista éste es el primer motivo para la desconfianza.

En el asunto de las vacunaciones, estamos pasando del «todas son buenas» sin discusión a los matices. Unas son excelentes; otras, buenas; otras, malas, e incluso algunas son prescindibles. Pienso que el reto de nuestras sociedades modernas es la calidad. Queremos democracia, pero la queremos de calidad. ¿De qué sirve la cantidad sin la calidad? Con los medicamentos y en particular con las vacunas, sucede algo parecido: las queremos de calidad, verdaderamente necesarias, efectivas y seguras. Sin embargo, se observa más interés por aplicar estos fármacos en cantidad que con calidad. Esto va en detrimento de las vacunaciones sanas.

Las vacunas se han idealizado. Son casi un mito de la medicina. Pero mito y totalitarismo van parejos. Al mitificar, se obvia la crítica. La crítica sana. Y lo que no cuestionamos se estanca. De modo que el progreso es imposible sin la crítica. Se critica para avanzar y la ciencia lleva a cabo un continuo cuestionamiento de lo que conocemos. En el sólido muro de las vacunaciones, hay muchas grietas que nadie se ha molestado en arreglar, porque casi nadie cuestiona el mito. Esas grietas pueden dañar mucho la resistencia del muro.

Y como casi nadie se ha cuestionado los fallos de las vacunas y las inmunizaciones, existe un campo abonado para

que quien meta el dedo en la llaga o en las grietas de este muro encuentre cosas de las que no podemos estar orgullosos. En la medida en que identifiquemos los errores, seremos capaces (o no) de sacar todo el partido a lo que nació como un tesoro.

1

LAS VACUNAS, UN DESCUBRIMIENTO ACERTADO CON UN PLANTEAMIENTO INSANO

La enfermera Rufa era una sonrisa espigada como la llama de un fuego limpio. En aquella pequeña sala de tonos verdes azulados, era la reina de las agujas y, cuando lo necesitaba, me colocaba con el culo en pompa encima de sus largas piernas. En esa postura, clavaba en mis nalgas de niño, de ser aún inmaduro, aquellos sables de prevención. Yo apretaba el trasero todo lo posible, como si el gesto de autodefensa fuera a evitar el dolor del pinchazo.

Ella toreaba con gracia mis embates y siempre acompañaba con alguna palabra de consuelo lo que yo entendía como un ataque. Lo de la enfermera Rufa conmigo no era un asunto personal y por supuesto lo hacía convencida de que obraba por mi bien y, a tenor de los resultados, creo que mi culo hoy la saludaría cariñosamente.

Es probable que, si ella me hubiese preguntado de dónde vienen las vacunas, le hubiera contestado, con astucia infantil, que de las vacas. Mi respuesta no habría sido del todo incorrecta. Estos medicamentos se descubrieron de manera casual hace más de dos siglos. Resulta que, en las granjas de Inglaterra, las ordeñadoras que estaban en contacto con reses con viruela (viruela «vacuna») conseguían inmunizarse y no contraían la temida viruela humana.

Surgió así este tratamiento, por lo general reconocido por la comunidad médica como uno de los grandes logros de la medicina. El legado de aquellas vacas lecheras tiene un funcionamiento en teoría muy sencillo. Las vacunas son preparados farmacológicos que, una vez dentro del organismo, provocan la producción de anticuerpos y, con ello, una respuesta de defensa ante microorganismos patógenos. Esta respuesta genera, en algunos casos, cierta memoria inmunitaria y ofrece así protección temporal frente al ataque del virus correspondiente.

Así que no sé cuantas veces la enfermera Rufa metió en mi tierno organismo virus de todo pelaje considerados «enemigos de la humanidad». Los tengo todos dentro. Todos los de la época, pues, como veremos, cada vez declaramos la guerra a una mayor cantidad de estos seres invisibles supuestamente dispuestos a amargarnos la vida.

Con el éxito de la erradicación de la viruela, las vacunas comenzaron una carrera prometedora en el campo sanitario. Pronto llegaron las vacunas para la diarrea crónica intestinal grave, el ántrax, la rabia, el tétanos, la difteria, la peste, la tos ferina, la tuberculosis, la fiebre amarilla, el tífus, la gripe, la poliomielitis, la encefalitis japonesa, el sarampión, las paperas, la rubéola, la varicela, la neumonía, la meningitis, la hepatitis B, la *Haemophilus influenzae* tipo B (Hib), la hepatitis A, la enfermedad de Lyme, el virus del papiloma humano e incluso para prevenir la adicción a la heroína y a la cocaína. Y luego —las he escrito en orden cronológico— la de la hepatitis C y la de la famosa pandemia que por suerte nunca llegó a ser tal: la de la gripe A (H1N1).

Son todas las que son, pero no están todas las que hay y habrá. Buena parte de ellas están incorporadas a los denominados calendarios de vacunaciones de medio mundo. Éstos son, por lo general, «recomendados», no obligato-

rios. Mientras escribo estas líneas, leo un recorte del diario *El País* de hace veinte años que anunciaba la investigación en más de 160 nuevas vacunas. Hoy son más y la diana a pinchar son casi todas las enfermedades que asuelan a la humanidad, sobre todo en los países considerados ricos.

Desde el comienzo de este libro, interpeleo: ¿se han hecho estudios científicos para saber cuántas vacunas puede aguantar un organismo humano? O, escrito de otra manera, ¿en qué momento se puede venir abajo el sistema inmune por la presencia de antígenos? Porque, como cualquier medicamento, las vacunas pueden producir reacciones adversas y una de las más comunes es precisamente la enfermedad autoinmune.^[1] Estos fármacos, además, tienen la particularidad de que se administran a personas sanas. La respuesta es que no hemos encontrado esas pruebas. Nadie, que mis colaboradores y yo sepamos, ha estudiado esto, aunque resulta fundamental, pues cada vez vacunamos a nuestros hijos antes, de más enfermedades y con dosis mayores.

Hay mucha discusión sobre las bondades de las vacunas. Los más críticos indican que, sin la mejora de la alimentación y la higiene de la población y su acceso al agua potable, no se habría avanzado en el combate de enfermedades que antes eran mortales y que las vacunas habrían quedado casi como anécdotas. Tras más de dos centurias de convivencia con las vacunas, podemos presumir de haber erradicado la viruela y de «controlar» algunas enfermedades antaño muy frecuentes, como el sarampión o la poliomielitis, evitando sus secuelas. No sé si es mucho o si sabe a poco, que decida cada cual, pero creo que el planeta Tierra no sería el mismo sin las vacunas.

No obstante, también pienso que hace falta un replanteamiento de las vacunaciones, si no queremos que mueran de éxito. Pienso que hoy se están aplicando mal y creo que

puedo documentar por qué y a qué intereses responde este planteamiento insano de su uso.

¿Por qué escribo que las vacunas se están utilizando mal? En primer lugar, porque se emplean de manera masiva y por sistema, sin comprobar caso por caso, persona a persona, cuáles son necesarias y eficaces, además de seguras. No dudo de que haya vacunas indispensables para algunas poblaciones. Pero éstas no son tan necesarias para otras con diferentes características geográficas, profesionales, de edad, sanitarias, inmunitarias, etc.

Si se estudiase y enfocase así, de manera prudente, podría racionalizarse su uso para ofrecer sólo aquellas en verdad necesarias, evitando riesgos para la gente y gastos a los sistemas sanitarios que las ofertan. Abogo por la individualización o personalización del acto de vacunar.

Muchos problemas de salud provocados por estos medicamentos se producen por la reacción del sistema inmune a los antígenos. Son las denominadas «reacciones autoinmunes». No se puede poner una vacuna a alguien sin hacer todas las pruebas necesarias que aseguren al máximo posible que la vacuna no le hará más mal que bien. Hay personas que reaccionan de manera más sensible que otras no sólo a los antígenos, sino también a los adyuvantes o potenciadores de la respuesta inmunológica, como el aluminio, o a los conservantes, como el polémico mercurio.

Las vacunas son medicamentos complejos. Contienen el componente antigénico propiamente dicho, adyuvantes (que potencian su poder inmunológico), conservantes, estabilizantes, excipientes, residuos y hasta látex (de los émbolos de la jeringuillas precargadas y de los tapones de los envases). Para evitar el látex y mejorar la aceptación, convendría el desarrollo a largo plazo de presentaciones que no precisen inyección, por ejemplo.[2]